

una *Sociedad de Seguros*, que había venido á tentarme el día antes de la salida; y bendiciendo en mi corazón á los buenos y leales amigos que estuvieron á mi lado hasta el último instante, arrullado por el querido mar de mi patria, me dormí.



II

EN EL GOLFO DE LYON

CUANDO desperté ya era entrado el día, y el vapor navegaba ahora en el golfo de Lyon. De pronto oigo los gorgoritos del tenor en el camarote de enfrente, y en el del lado una voz seca de mujer, que decía:

—¿Tu escoba? ¿Qué sé yo de tu escoba? ¡Búscala!—voz que revelaba no sólo una ira momentánea, sino un temperamento acre y duro, que despertó en mí vago sentimiento de viva conmiseración por el propietario del objeto perdido. Un poco más allá otra voz femenina cantaba el soporífero *coco* á un niño, con extraña cantinela y modulación tal, que no me pareció podría ser de criatura de nuestra raza; ocurrióme si sería la negra que había visto la tarde anterior; su canto era entrecortado por

las voces apagadas y silbantes de dos camareras que litigaban en el pasillo á propósito de un trapo para limpiar. Puse el oído atento: bastaron pocas palabras para persuadirme de que si hay mujer en el mundo capaz de hacer frente á una camarera genovesa, tiene que ser una camarera veneciana. Entró un camarero con el café (la primera mañana todo se observa), chico guapote y desagradable, con el cabello tan untado de pomada que parecía gotear, lleno de respeto hacia sí mismo, y tan satisfecho de su propia belleza como un actor vanidoso. Preguntéle cómo se llamaba, y respondió con afectada modestia:

—Antonio— como si aquel *Antonio* fuese el falso nombre de un duquesito, disfrazado de camarero para alguna intriga amorosa. Apenas salió, salí yo también, apoyándome en las paredes, y al desembocar en el pasadizo central, ví la espalda del gigantesco clérigo de la tarde anterior, que se volvía á su camarote, y un paso más allá, por el agujero de una puerta, precisamente en el instante en que caía la cortina verde, dos blancas manos que estiraban una media de seda sobre una hermosísima pierna. Los pasajeros estaban todavía casi todos en sus jaulas, oyéndose derramar el agua en las palanganas, y gran ruido de cepillos y de manos que rebúscan en las maletas. A popa no

encontré mas que tres personas. El mar movido, pero de hermoso color azul; el tiempo claro. No se veía tierra.

*
**

El espectáculo, sin embargo, estaba en la tercera clase, donde la mayor parte de los emigrantes, atacados de mareo, yacían confundidos, tendidos sobre los bancos, en actitudes de enfermos ó de muertos, con las caras sucias y los cabellos enmarañados, en medio de hacinaamiento de harapos y mantas. Veíanse familias enlazadas, formando grupos que daba compasión, con aquel aire de abandono y desvarío propio de las gentes sin hogar: el marido sentado y dormido; la mujer, con la cabeza apoyada contra la espalda de su hombre, y los hijos sobre el entarimado, durmiendo, con la cabeza echada en las rodillas de aquél y ésta: montones de andrajos, donde no se veía cara alguna, y sólo descubría el brazo de algún niño ó las trenzas de alguna niña. Mujeres pálidas y desgreñadas se dirigían hacia las puertas de los respectivos dormitorios bamboleándose y agarrándose donde podían: Lo que el Padre Bartoli llama noblemente la angustia y el desprecio

del estómago, debía haber hecho ya la gran limpieza, deseada por todo buen comandante, de las malísimas frutas que engullen en Génova los emigrantes pobres y de los sacramentales atracones que se dan en las casas de comida, los que tienen algún dinero. Los mismos que no padecían, revelaban aire abatido y aspecto más bien de deportados que de emigrantes.

Parecía como si la primera experiencia de la vida inerte y molesta del vapor, hubiese apagado en todos ellos el valor y las esperanzas con que emprendieran la travesía, y que en aquella postración de ánimo, sucesora de la agitación de la salida, se hubiera despertado en ellos el sentimiento de todas las dudas, de todas las amargas y fatigas de los últimos días de vida en la casa, ocupados en vender las vacas y el palmo de tierra que poseían, en ásperas discusiones con el dueño y con el párroco y, en fin, las dolorosas despedidas.

Mas lo peor estaba abajo, en el gran dormitorio, cuya puerta se abría cerca del castillo de popa: asomándose á ella, percibíanse en la media luz cuerpos sobre cuerpos, como en los barcos que traen á la patria los cadáveres de los emigrantes chinos; y subía de aquella profundidad, como de hospital subterráneo, un concierto de lamentos, de ansias y de toses, que daba tentación de desembarcar en Marsella.

La única nota amena de aquel espectáculo era los pocos intrépidos que sobre cubierta salían de la cocina con las *escudillas* colmadas de potaje entre las manos, para írselo á comer en paz en sus sitios respectivos; algunos, haciendo prodigios de equilibrio, lo lograban; otros daban un paso en falso y caían de bruces sobre la escudilla, desparramando salsa y menestra por todos lados, en medio de una furia de maldiciones.

*
* *

Oí con placer la campánilla que nos llamaba á la mesa, donde esperaba contemplar más alegre cuadro.

Nos reunimos cerca de cincuenta personas, sentados á una larguísima mesa, en medio de vasto salón, sobrecargado de dorados y de espejos é iluminado por muchas ventanitas, en las cuales veíase bailar el horizonte del mar. En el momento de sentarse, y algún minuto después, los comensales no hicieron mas que mirarse recíprocamente, velando bajo simulada indiferencia la escrutadora curiosidad que siempre inspiran las personas desconocidas con las cuales sabe uno que tiene que vivir en inevitable fa-

miliaridad. Como el mar estaba un poco agitado, faltaban varias señoras.

Inmediatamente eché de ver en el fondo de la mesa el sacerdote gigante, cuya cabeza sobresalía por cima de la de todos sus vecinos: una cabeza de ave de rapiña, pequeña y calva, con los ojos ribeteados de chamberguilla, y puesto aquel conjunto sobre un cuello interminable; y me saltaron á la vista, mientras desdoblábamos la servilleta, sus manos, por lo desmesuradas y flacas, con unos dedos que semejaban tentáculos de pulpo: la figura en fin de un Don Quijote sin poesía.

Hacia el mismo lado, algo más acá, reconocí á la señora rubia que encontré la tarde anterior. Era hermosa, como de treinta años; de ojos demasiado azules y naricilla caprichosa; fresca y muy animada, vestida con elegancia, demasiado vistosa quizá; dirigía á todos los comensales, como si los conociese, una vaga y sonriente mirada de bailarina; y no sé por qué juraría que la media de seda negra entrevista por la mañana debía ser suya. El propietario legítimo de aquella seda era sin duda un señor como de cincuenta años, sentado á su izquierda: semblante resignado y benévolo, rodeado de una peluca doctoral, con dos ojillos menudos entreabiertos, en cuyas pupilas brillaba cierta sonrisa de astucia, más ostentosa que verdadera, y que

debía serle habitual. A su mano derecha había dos muchachas que parecían parientes ó íntimas amigas; una de ellas, vestida de color verde mar, me impresionó por su cara chupada y palidísima, que aun resaltaba todavía más bajo una masa de cabellos negros y lustrosos, que hacían el efecto de la cabellera de una muerta: llevaba colgada al cuello una gran cruz negra. Venía luego una matrimonial pareja originalísima; eran esposos seguramente, muy jóvenes, los dos pequeños, que comían con la cabeza baja y se hablaban sin mirarse, fastidiados y como si estuvieran cohibidos por los comensales.

No daría más de veinte años al uno ni más de diecisiete á la otra, y hubiese apostado á que no habían pasado quince días desde que comparecieron en el juzgado municipal: probablemente se trataba de una monjita y un seminarista, que advirtieron á tiempo su respetiva falta absoluta de vocación, y que no tenían maldita la necesidad de contrariar sus instintos.

A uno de los lados del esposo se ostentaba una matrona con el pelo mal teñido, el seno tan abultado que le llegaba hasta la barba, la ancha cara como aquella con que los caricaturistas pintan á la luna de mal humor, firmado todo bajo la boca y sobre ella por señales indelebles del uso de un depilatorio demasiado

cáustico. La señora hallábase enteramente atenta á comer á conciencia, haciéndose servir sin cesar de uno de aquellos convoyes aéreos que se mecían sobre nuestras cabezas como lámparas, ora la pimienta, ora la mostaza, como si quisiera acomodarse el estómago echado á perder, y aclararse la voz ronca, que probaba de vez en cuando con un golpecito de tos, más ó menos natural y voluntaria.

A la cabecera de la mesa se sentaba el comandante, una especie de Hércules, rechoncho, y huraño, de rojos cabellos y encendida cara; el cual ya hablaba con voz rígida, en puro genovés, al pasajero que tenía á su mano derecha, ya en impuro español al señor que tenía á su izquierda: viejo, alto y enjuto, de largos cabellos blanquísimos y de ojos vivos y profundos, dándose cierto aire á los últimos retratos del poeta Hamerling.

*
*
*

No conociéndose todavía los más de los pasajeros, apenas si se oía alguna que otra conversación en voz baja, acompañada del continuo vibrar de las suspendidas vinagreras, é interrumpida á cada paso por el golpe seco con

que algún comensal detenía sobre la mesa una manzana ó una naranja que se escapaba, cuando una frase española dicha en alta voz y acompañada de un coro de risotadas, hizo volver á todos la cabeza hacia el fondo del salón.—Es un grupo de argentinos — dijo mi vecino de la izquierda.

Al volverme para mirarlos, desvió mi atención la cara varonil y hermosa de mi vecino de la derecha, cuyo metal de voz todavía no había oído.

Era un hombre como de cuarenta años; parecía por su aspecto un antiguo soldado; de cuerpo fornido, pero que conservaba cierta esbeltez, y pelo gris. Su frente arrogante y los ojos inyectados de sangre me hacían recordar á Nino Bixio; pero la parte inferior del semblante era más suave, aunque triste y como contraída por cierta expresión de desprecio que se armonizaba perfectamente con la bondad de la boca. No sé bien por qué asociación de ideas pensé en una de aquellas nobles figuras de garibaldinos del año 1860 que había conocido en las inolvidables páginas de César Abba, y tuve firme en mi cabeza la idea de que habría hecho aquella campaña, y que debía de ser lombardo.

Mientras le miraba, mi vecino de la izquierda golpeó con el tenedor en la mesa, diciendo: —Es inútil... si como, reviento.

Era este un hombrecillo delgado, con cara de dolor de estómago y una gran barba negra, demasiado larga para él, y que parecía encolada como las de los muñecos que saltan al destapar las cajas de resorte.

Le pregunté si se sentía mal. Me contestó con la rápida familiaridad de los enfermos á quienes se les habla de su dolencia.

No se sentía mal, ó por decir mejor, no experimentaba propiamente mareo. Padeía una enfermedad particular, más moral que física, que era una aversión invencible al mar, una airada y triste inquietud que se apoderaba de él al subir al vapor, y que no le abandonaba hasta la vuelta, aun cuando el mar estuviese siempre como un lago y el cielo como un espejo. Había hecho varias veces la travesía del Océano, porque su familia hallábase establecida en la República Argentina, en Mendoza; y con todo, lo mismo padecía en la última que en las primera: durante el día un mal-estar y agitación febril, y de noche, un insomnio incurable, atormentado por las más negras imágenes que pueden pasar por la mente humana. A tal punto sentía odio por el mar, que era capaz de estar siete días seguidos sin mirarlo, y siempre que en un libro encontraba una descripción marina la saltaba. Jurábame finalmente, que si se hubiera podido ir por tie-

rra á América, hubiese preferido un año de coche á tres semanas de travesía por agua. A tal extremo llegaba. Un médico amigo suyo le había dicho en broma, pero él lo creía firmemente, que aquella violenta aversión al mar no podía derivar de otra cosa que de un presentimiento misterioso de que había de morir en un naufragio.

—¡Quítese usted esas ideas de la cabeza, abogado!—le dijo su vecino del lado opuesto.

El abogado movió significativamente la cabeza, señalando con el índice el fondo del mar.

Viendo que ya contaba con un conocido á bordo, le pedí informes. ¡Qué bien lo había adivinado! Mi vecino de la derecha, en efecto, debía de ser lombardo: él le había oído hablar lombardo con un amigo en el muelle de Génova: un antiguo garibaldino sin duda; el comisario se lo había dicho por la mañana.

—Pero ¿cómo lo sabe usted?—me preguntó.

Y yo me enorgullecí de mi facultad de adivino.

Por su parte, él continuó dándome noticias. La familia que estaba colocada en el fondo de la mesa, compuesta de padre, madre y cuatro hijos, era una familia brasileña que iba al Paraguay. El joven del bigotillo negro que se sentaba al lado del brasileño más pequeño, creía que fuese un tenor italiano (era mi vecino

de habitacion) que iba á cantar á Montevideo. El que en aquel momento hablaba alto á nuestro mismo lado de la mesa era un pícaro y extravagante panadero piomontés que, habiéndose hecho rico en la República Argentina, volvía ahora para siempre, después de haber estado una temporada en su patria, donde no parecía que había tenido la triunfal acogida que se esperaba; desde la noche antes habíale oído contar su historia á un camarero y echar pestes contra Italia, á la cual no dejaría sus huesos. En este punto interrumpió sus palabras, y me dijo en voz baja:

—Mire aquel brazo.

Señalaba á la muchacha pálida, la de la cruz al cuello, en que ya me había yo fijado. Miré y sentí casi repugnancia: aquello no era brazo, sino un pobre hueso blanco que salía de un sepulcro. Y al mismo tiempo observé sus ojos velados, y casi desvanecidos, con expresión de tristeza y de dulzura infinitas que parecía lo miraban todo y no veían nada. Y noté asimismo que también el garibaldino la miraba fijamente, con los párpados entreabiertos, quizá para esconder el sentimiento de compasión que le inspiraba.

La compañía, pues, presentaba una variedad bastante satisfactoria para un observador. Entre otros, llamó mi atención una cara extraña, bron-

ceada, de un hombre como de treinta y cinco años, de fisonomía grave y vagamente melancólica, del cual no pude apartar la vista por algún tiempo, hasta que el abogado me dijo que era un peruano; parecíame que la forma oblonga de la cabeza y la boca grande y la barba rala, correspondiesen á las descripciones que se leen en las historias de aquellos Incas misteriosos que siempre habían atormentado mi fantasía.

Me lo figuraba vestido de lana encarnada, con una venda arrollada á la cabeza y los pendientes dorados, atento á fijar sus pensamientos con los hilos multicolores de una cuerdecilla de nudos, y detrás de él veía brillar las gigantescas estatuas de oro del palacio imperial de Cuzco, circundado de jardines resplandecientes con sus frutos y flores de oro también. Y muy al contrario de esto, el tal peruano era un propietario de una fábrica de cerillas de Lima, que conversaba prosaicamente sobre su industria con el comensal que tenía enfrente.

A los postres las conversaciones se animaron algo. Oí que el comandante contaba una aventura de cuando era capitán de barco de vela; aventura cuyo desenlace, á juzgar por los gestos, debió ser una solemne distribución de bofetadas que él hizo en no sé qué puerto extranjero á no sé qué pillastre que le había faltado al respeto. En el fondo de la mesa los argen-

tinios provocaron varias veces sonoras risotadas divirtiéndose, por lo que me pareció, con un comisionista francés de cabellos grises, el eterno comisionista que se encuentra en todos los vapores, el cual respondía con la desenvoltura imperturbable de un viejo truhán, difundiendo profusamente las ingeniosidades del repertorio acostumbrado, que todos sus colegas saben de memoria. Mientras servían el café, el vapor hizo dos ó tres movimientos más fuertes, y entonces se levantó de la mesa, atrayéndose todas las miradas, una bella señora argentina, que todavía yo no había visto; pero como salió tambaleándose apoyada en el brazo de su marido, no pude cerciorarme de la «gracia maravillosa en el andar» que los escritores de viaje atribuyen á las mujeres de su país. Pude advertir, sin embargo, por la curiosidad admirativa de todos los ojos que entre las señoras del *Galileo* ya se le debía haber reconocido la primacía estética, y que difícilmente sería destronada en el trascurso del viaje.

Poco después todos los demás se levantaron, tornaron á mirarse de pies á cabeza de reojo, como á la entrada, y luego se desbandaron por la popa, por los fumaderos y por los cuartos, mostrando ya en el semblante el fastidio de las seis horas que les había de separar hasta la comida.

*

**

Yo no me aburría, sin embargo: un sentimiento inundaba mi alma, nuevo y agradabilísimo, que en ninguna parte ni bajo ninguna otra condición puede experimentarse sino en un vapor que atraviesa el Océano: el sentimiento de una absoluta libertad de espíritu. Podía decir, en suma: por veinte días estoy separado del mundo habitado; estoy seguro de no ver á otros semejantes míos mas que los que tengo en derredor, los cuales son para mí todo el género humano; por veinte días estoy desligado de todo deber y servidumbre social, y seguro que ningun dolor me vendrá del mundo exterior, porque ninguno puede llegarme por parte alguna.

Mil desventuras pueden amenazarme, ninguna puede alcanzar hasta mí. Europa entera quizás se trastorne, yo no lo sabré. Veinte días de horizonte sin límite, de meditación sin perturbaciones, de paz sin temor, de ocio sin remordimiento. Un largo vuelo sin fatiga á través de un desierto inacabable, ante un espectáculo sublime, sumergido en un aire purísimo, hacia un mundo desconocido, en medio de gen-

tes que no me conocen. Prisionero en una isla, es verdad; pero en una isla que me lleva y que me sirve, que se desliza bajo mis pies, y hace penetrar en mi sangre la palpitación de su propia vida; y que, al fin y al cabo, representa un fragmento vivo de mi patria.



III

ITALIA Á BORDO

COMO receta contra el aburrimiento, tenía una carta de presentación para el comisario, escrita por un amigo de Génova, el cual le suplicaba que me facilitase las observaciones que quisiera hacer en el *Galileo*.

Antes de que llegásemos á Gibraltar fui á visitarle. Tenía su habitación sobre cubierta, cerca de la cámara del comandante, en uno de los dos grandes pasadizos que van de popa á proa; al cual, por el continuo ir y venir de gente, llamaban los empleados la Carrera, ó el *Corso de Roma*.

Le encontré en un cuartito blanco, adornado con retratos fotográficos, y lleno de objetos pequeños de comodidad y de chucherías, que le daban el aire de nido doméstico, bien distinto